

La música del ocaso



Luis Racionero.

En la China legendaria de los remotos emperadores, la música tenía gran importancia en la Corte y el Estado. Se creía que, si la música progresaba, toda iba bien en cuanto a cultura, moralidad y salud del reino. Los maestros de música estaban encargados de la custodia, en su pureza original, de las “claves venerables”. Si decaía la música, era señal inequívoca del declive del Estado. Lu-Bu-We expresa así esta relación:

“Los orígenes de la música yacen en el pasado remoto. La música surge de la Medida y hunde sus raíces en la gran Unidad. La gran Unidad engendra los dos polos: los dos polos engendran el poder de la Oscuridad y de la Luz”.

“Cuando el mundo está en paz, tranquilo, y los hombres obedecen a sus superiores, la música madura y se perfecciona. Cuando deseos y pasiones no se pierden en vías perniciosas, la música progresa. La música perfecta tiene una causa: nace del equilibrio. El equilibrio surge de la honradez, y ésta viene del significado del cosmos. Por tanto sólo se puede hablar de música con un hombre que haya captado el significado del Universo. La música se funda en la armonía entre Cielo y Tierra, en la concordia de oscuridad y resplandor”.

“Los estados en decadencia y los hombres en degradación no carecen de música, pero su música no es serena. Cuanto más tempestuosa la música, más sombría está la gente, más en peligro la sociedad, más declina el Estado. Por este camino se pierde la esencia de la música”.

“Los Emperadores de antaño amaban la música serena. Los tiranos Giac y Jou-shin, la música tempestuosa. Consideraban hermosos los sonidos fuertes e interesantes los efectos masivos. Buscaban efectos tonales raros y novedosos, notas que oído alguno hubiera percibido con anterioridad. Deseando superarse, transgredieron los límites”.

“La causa de la decadencia del Estado de Chu fue su invención de la música mágica. Esta música es realmente tempestuosa, pero en verdad se ha extraviado de la esencia de la música, no es serena. Cuando la música no es serena la gente vive angustiada y la vida se perturba. La música de una época apacible es calmada y gozosa, y así lo es también su gobierno. La música de una edad ansiosa es violenta y excitada, siendo su gobierno perverso. La música de una sociedad en decadencia es sentimental y triste, y su gobierno está en peligro”.

Los poetas chinos cuentan fábulas terribles sobre la música en claves prohibidas, diabólicas, que ofenden al Cielo, como la clave Tshing-shang y Tshing-tse, la música del ocaso. Cuando estas notas discordes sonaban en el palacio, el firmamento se oscurecía, las paredes temblaban y se desplomaban: el reino, con su soberano, se hundían en la perdición. Me parece innecesario insistir en la correspondencia de nuestra música contemporánea, tanto elitista como discotequera, con la música del ocaso tipificada por los chinos antiguos.

No sin misterio, la obra póstuma de los dos grandes novelistas alemanes de nuestra época, Thomas Mann y Hermann Hesse, tiene como tema fundamental la música. En *Doctor Faustus*, Mann personifica en la vida del compositor Adrian Leverkun la huída ante las dificultades de la crisis cultural por medio del pacto con el demonio; la sed de un orgulloso genio, amenazado por la esterilidad, que intenta lograr la desinhibición a cualquier precio. Mann resume en este personaje el predicamento de toda la cultura occidental que, amenazada de esterilidad, vende su alma al diablo; y compara la funesta euforia que sigue al pacto y que conduce al colapso, con el éxtasis fascista de los pueblos. El nazismo alemán es el pacto con el diablo del doctor Fausto, arquetipo del *Homo faber* occidental. Todas las dictaduras del siglo XX y las que puedan sobrevenir, son el intento desesperado de una sociedad ya estéril y sin fuerza vital por recobrar ilusoriamente y al precio del fanatismo hipnótico una falsa impresión de vigor constructivo.

Es significativo que Mann advierta al final del libro: *“La forma de composición musical delineada en el capítulo 22, conocida como sistema dodecafónico o serial es, en realidad, propiedad intelectual de un compositor y musicólogo contemporáneo, Arnold Schonberg”*. El desastroso final de su protagonista y su convenio diabólico para inventar esta música, así como la música en sí, como cualquiera puede comprobar, corresponden a la música del ocaso tal como fue descrita por Lu-Bu-We.

Hermann Hesse en *El juego de los abalorios* se sitúa a varios siglos de distancia de nuestra época, que designa como la *“edad del folletón”* y describe una sociedad armonizada por la fusión de matemáticas y música, lograda por los mantenedores de un juego de juegos, afín a la Teoría General de Sistemas.

Seguramente, como señaló Walter Pater, e intuyeron Man y Hesse, el futuro del arte -y con él de la civilización occidental- pasa por la esencia de la música, como ya sabían los griegos antiguos y los chinos. En tiempos prehistóricos la música, como la danza, la pintura o la construcción, era una rama de la magia. Empezando con el ritmo -palmas, pasos, percusión- era un sistema para poner en sintonía -en onda como se diría ahora- grandes cantidades de gente, engendrando en ellos un mismo estado de ánimo, coordinando la cadencia de su respiración y pulsación, animándolos a conjurar los eternos poderes, a bailar, a competir, a guerrear, adorar. La música conserva este poder mágico ancestral cuando las demás artes lo han perdido, como lo demuestra el testimonio de historiadores y poetas, la prohibición de Platón sobre los músicos en su República, la eficacia de gritos, gestos y marchas en el delirio colectivo ritual que llevó a los nazis al poder y a la guerra. La música y la danza vuelven a ser los pasatiempos favoritos de la apática y desencantada juventud actual, las artes que aún los aglutinan y conmueven.

Fuente: El Mediterráneo y los barbaros del norte

Autor: Luis Racionero

Kenshinkan dojo 2008/2011

www.kenshinkanbadajoz.com